

SAN ROQUE
Oralidad y Memoria



Asociación Guardanes del Patrimonio San Roque

©De la conceptualización e idea original: MATAPALO CARTONERA.

©De la mediación y cuidado del texto: Víctor Vimos.

©De las narraciones: Emperatriz García, Gloria Navarro, Geovana Cisneros, María Clemencia Quishpe, Patricia Pavón, Rosa Lagla, Gloria Navarro, Martha Madrid, Norma Salas, Blanca Ganchala y Helena Puruncajas.

Cuidado editorial:

Victor Vimos, Gabriela Falconi y GESCULTURA.

Diagramación:

Rogelio García

Dirección de Talleres de armado de libros:

Edwin Lluco.

Coordinación General:

Gescultura 

Con el apoyo de:

 CASA DEL ALABADO
MUSEO DE ARTE PRECOLOMBINO



Casa Gangotena

Asociación de vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque: (02) 2289441

Fundación Gescultura: (02) 3152670

Quito-Ecuador

Un tejido es la condensación del infinito: miles de hilos, colores y texturas, toman forma bajo la acción de la mano y el telar. Del mismo modo, una voz es siempre la agrupación de una multitud de voluntades: esfuerzos, deseos, amor profundo por lo que se ha de pronunciar. Y lo que se pronuncia, a su turno, no es más que aquello en lo que se creó. De esa forma se construye el mundo.

El mundo de San Roque es el lugar de partida y retorno de esta aventura narrada: viaje que enlazando los sentidos y el recuerdo, desafía al territorio de la tinta y el papel para convertirse en calle, sonrisa, bebida, estrella, juego, baile, nube, lágrima, sombrero; la esencia de un tejido que sin extraviar cada color, cada forma, cada combinación, muestra la faz de un universo plural y compartido.

La voz, vehículo en este viaje, está sostenida en la transparencia con que los vecinos del barrio se han apropiado de su historia hasta convertirla en el argumento desde el que resisten a la tempestad del tiempo.

Para ellos, para su valentía, para su gran ejemplo, para su infinita sabiduría, dioslespague.

v.v.

La Asociación de vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque comenzó sus actividades en el 2009, aunque se constituyó legalmente en 2011. Nuestra asociación es un espacio en el que participan vecinos, artesanos y comerciantes del barrio de San Roque. Hemos desarrollado dos proyectos: Caminos de San Roque y un emprendimiento artesanal de *souvenirs*, con los cuales queremos mostrar el patrimonio de San Roque.

La Asociación es para mí una familia que quiere mostrar lo bueno del barrio. Los vecinos han encontrado en nuestra organización un espacio en el que pueden expresar sus puntos de vista acerca del sector y aportar con iniciativas para el mejoramiento del mismo; entre ellas, están, por ejemplo, las mingas que realizábamos y la Plaza Vive, una actividad en la que mostrábamos la cotidianidad de San Roque y sus oficios.

Para mí, siendo la más joven del grupo, la Asociación significa mucho, porque los vecinos han confiado en mí con respecto al proyecto Caminos de San Roque, y yo he hecho lo que ha estado a mi alcance para sacarlo adelante. Cuando me preguntan que cómo llegué hasta aquí sin haber terminado la universidad, digo que lo logré por todo lo que he aprendido de las experiencias de los vecinos. Hemos llegado a formar lazos de amistad muy grandes, todos estamos pendientes de lo que sucede y queremos lo mejor para el barrio. Es chévere trabajar en la Asociación, se aprenden cosas a diario, los vecinos me dan alegría y fuerza para seguir con el proyecto, y a pesar de todo seguir unidos.

Quiero decir también que el barrio siempre me ha gustado. Antes había más gente y a pesar de que no teníamos espacios para jugar, usábamos con mis amigos las calles. Por varias circunstancias muchas personas se han ido, quizás por el mismo hecho de que se dice que San Roque es peligroso. Yo creo que es tan peligroso como en cualquier parte, ni más ni menos. Ahora me siento bien en el barrio y estoy intentando que la demás gente sienta que es el lugar más adecuado para vivir porque puedes encontrar todo en el mismo sector, es perfecto. Además, podemos ser vecinos, contar con el otro, podemos saludar.

Creo que esto que acabo de decir se refleja en las historias que relatamos en estas páginas. Pienso que cada uno de estos libros permite que no se deje en el olvido a uno de los barrios más tradicionales de Quito; yo diría, el único barrio vivo. Con estos libros dejamos un legado para las nuevas personas que vengan a vivir al barrio, un recuerdo para los que por aquí pasamos y un aporte a la memoria de la ciudad.

Paola Carrera

**Anfitriona Comunitaria / Administradora-Caminos de San Roque
Asociación de Vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque**

El barrio más antiguo de Quito

Φ MANUEL CHICAIZA

El barrio de San Roque existe desde 1596 y se llama así en honor al santo patrón San Roque. He escuchado que en otras partes también hay sectores que se llaman San Roque. Los que conocen de ese tiempo dicen que en este sector reunieron a los indígenas, a los españoles pobres, gente que era conocida por ser brava y alevosa, para tenerlos bajo vigilancia. De ahí surgió una raza mezclada. Las vicisitudes de la vida, los terremotos, los obligaron a juntarse y solidarizarse.

Cuando era novicio, viajando de Francia a España, yo tuve la suerte de pasar a unos pocos kilómetros de la ciudad natal de San Roque, ubicada en Montpellier, Francia. Se sabe que él era hijo de una familia noble del sector, pero tenía un buen corazón y buscaba servir a los demás.

Su fiesta se celebra el 16 de agosto.

Φ ROSARIO CHILIGUANO

Creo que la imagen de San Roque está en la iglesia que lleva su nombre. Cuando era pequeña fui a la iglesia y me pareció ver la imagen, pero no recuerdo muy bien. Sin embargo, ahora que estuve en Brasil, encontré una imagen de Sao Roque que es similar a la que se tiene en este barrio.

Sé que el santo era un hombre dedicado a asistir a personas enfermas de lepra. Como él también contrajo la enfermedad, se aisló a las afueras de su ciudad para esperar la muerte. Dicen que un perrito se le apareció como compañía: el animal era el encargado de traerle pan para que no muriese de hambre y de lamerle las heridas hasta que se cure. Por eso la imagen representa a San Roque mostrando su herida y, a su lado, al perrito, como una prueba de su completa fidelidad.

Φ JAIME JÁCOME

Yo soy muy enamorado de los perros, siempre tengo uno a mi lado.

Recuerdo que en una ocasión quería ponerle nombre a una mascota que tenía, pero quería que dijera algo relacionado a San Roque. Así fue como investigué el nombre de ese perrito que acompañaba al santo: se llamaba Gosque. Y así le bauticé a mi perro.

Φ MANUEL CHICAIZA

En la iglesia de San Roque, en el altar principal, está ubicado el santo. Tiene un sombrero, un bastón y el perrito está a su lado.

Nuestro espacio

Φ GALO ALVARADO

El barrio limita por el norte con la calle Mideros. Por el occidente con el sector de La Cantera, donde se ubica el ex-penal García Moreno. Por el sur, va hasta la calle 24 de Mayo y al oriente con la Plaza de Santo Domingo.

Φ DIEGO SALAZAR

San Roque limita con los barrios: La Victoria, San Diego, El Tejar, La Ermita, La Libertad, La Colmena y La 24 de Mayo.

Φ MANUEL CHICAIZA

Sé que este territorio era, desde el tiempo de la Colonia, el abastecedor de productos a toda la ciudad. Por eso sus vías de comunicación siempre estuvieron extendiéndose.

Φ GALO ALVARADO

En la Plaza de San Francisco se reunían los productos de todas las haciendas y huertas aledañas, y desde ahí se repartía a todos lados.

Las haciendas estaban ubicadas en Chillogallo, Magdalena, Los Chillos y desde La Alameda hacia el norte.

Φ JAIME JÁCOME

La calle principal de este barrio es la Bolívar. Luego está la Benalcázar, la Imbabura, la Rocafuerte, la Chimborazo, la Quiroga y la Chile.

Φ GALO ALVARADO

La denominación de las calles es una mezcla entre los nombres de los próceres y de las ciudades desde donde la gente venía a poblar Quito. Pero esa nomenclatura es reciente, antes las calles estaban nombradas por su uso o por algo que las caracterizaba. Por ejemplo: La Calle de la Carnicería, La Calle del Suspiro, de Las Siete Cruces, de La Cantera, de La Guaragua, de Los Plateros.

Eso era tradicional. A la Calle del Suspiro, por ejemplo, la nombraban así porque al subir por la calle Olmedo, que es una cuesta, el que menos tenía que suspirar del cansancio.

Φ FABIOLA NIETO

Existía además la esquina de las almas, formada por el encuentro de las calles Rocafuerte e Imbabura. En esa esquina había un cuadrado de las almas, al que la gente respetaba.

Φ MANUEL CHICAIZA

Ese cuadro es de la Virgen del Carmen y ahora está en la Iglesia de San Roque, esperando que haya posibilidad de regresar a la esquina donde reposaba originalmente.

Φ ROSARIO CHILIGUANO

Yo recuerdo haber visto ese cuadro desde niña y me enteré que esa esquina se denominaba “La esquina de las almas”. No son muchos años de que ese cuadro desapareció.

Considero que ese lugar fue bautizado con ese nombre porque en la Iglesia de La Merced, por lo general, se daban las misas de honras fúnebres y de ahí salían los cortejos mortuorios al Cementerio de San Diego. Desde la iglesia subían por la calle Chile hasta tomar la calle Imbabura y pasaban directo para San Diego. Al parecer en esa esquina hacían un descanso y por eso le pusieron “La esquina de las almas”.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Como en esa esquina descansaban los cadáveres, se decía que cuando salían a la misa que se da en la Iglesia de La Merced a inicios de año, en esa esquina se aparecían las almas de los muertos. De la iglesia de La Merced salía también el Rosario de la Aurora, acto lleno de alegría y esperanza, a diferencia de las honras fúnebres.

Φ DIEGO SALAZAR

Otro sector del que hablaban mucho era La Cruz Verde, ubicada entre las calles Imbabura y Bolívar. Cada 2 de Mayo se celebraba el Día de la Cruz y la gente se turnaba, cada año, para organizar la fiesta en la que se hacían una serie de programas para compartir y unir al barrio.

Φ MANUEL CHICAIZA

Entre las calles Chimborazo y Bolívar se celebraban cada año las fiestas de Navidad y fin de año. Yo no conocí a fondo,

pues en ese tiempo estuve en el Seminario, pero de lo que recuerdo esas fiestas eran organizadas por los jóvenes del sector quienes se esmeraban por vestirse de locas viudas y por construir el año viejo para poder quemarlo a la media noche. Era un espectáculo que ya no se realiza y que fortalecía la vida social comunitaria.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

En la esquina de la Benalcázar y 24 de Mayo, todos los vecinos nos organizábamos también para hacer canelas y velar al año viejo. Compartíamos entre todos y había mucha fraternidad.

Φ FABIOLA NIETO

También celebrábamos las Fiestas de Quito. Se ponían banderas en las casas y se limpiaban las calles antes de que vengan las bandas de músicos y orquestas. Los bailes se organizaban en cada barrio y se brindaban canelas a la gente. Eran bonitas las celebraciones.

Φ CÉSAR ANCHALA

En el Carnaval, los vecinos de la calle Benalcázar disfrutábamos mucho. Con un mes de anticipación comenzábamos a jugar los carnavales. Esperábamos que la gente saliera para mojarle y se iban mojados a trabajar.

Entre domingo y lunes de Carnaval nos mojábamos todos. Sacábamos baldes y tinas y a las muchachas que pasaban les bañábamos hasta que en la tardecita nos invitaban a las “melcochas bailables”, que eran fiestas en las que se tomaba canelazo y se hacían los dulces llamados melcochas.

Antes no había las bombas de agua para mojar a la gente. Se utilizaban los cascarones de cera que contenían dentro agua perfumada. Yo vi jugar a mis papás con eso.

Φ GALO ALVARADO

Para hacer los cascarones utilizaban como molde una papa: la revestían por un lado hasta que se secaba, después revestían el otro lado y las unían. Una vez que estaban cerradas, por un huequito les llenaban de colonia

Mi lugar en el barrio

Φ DIEGO SALAZAR

Mi sector está entre las calles Cuenca y Bolívar, donde ahora es el Hotel Sucre. Yo nací ahí pues mis padres tenían su puesto de venta de periódicos. Mis hermanos y yo empezamos a vender en la esquina, justo en la cruz de San Francisco. Desde entonces yo sigo trabajando y he pasado ahí toda una vida.

Φ GALO ALAVARADO

Yo creo que mi sector es todo el barrio. Como fue el primer barrio de Quito ha tenido todo lo que necesitaba: la Plaza de San Francisco –que antes fue un mercado– y, junto a ella, la Iglesia. Esa ha sido quizá la parte más emblemática del barrio.

Además hay una cantidad de iglesias en el sector: Santa Clara, San Carlos, entre otras; y estamos junto a uno de los barrios emblemáticos de Quito, la 24 de Mayo, que históricamente ha sido un mundo neurálgico para la gente.

Personalmente, yo prefiero la Plaza San Francisco porque ha sido el sector que más atención ha recibido.

Φ ROSARIO CHILIGUANO

A mí también me gusta San Francisco. Desde que era niña los buses que venían desde Guamaní pasaban por toda la Maldonado, por Santo Domingo, cogían la Sucre hasta la Benalcázar, de ahí cruzaban hasta la 24 de Mayo, subían hasta la calle Cumandá y retornaban por la Rocafuerte. Esa ruta hacíamos con mi mamá para llegar hasta la Plaza San Francisco, donde nos bajábamos. Me encantaba ese templo, no sólo la iglesia sino todo su entorno.

Φ JAIME JÁCOME

Mi sector está donde ocurrió mi juventud. Recuerdo que cuando era muchacho salía a jugar con mis amigos en la parte posterior del Colegio Juan Montalvo, entre las calles Alianza y Quiroga. En la parte superior había un internado para los alumnos del colegio y, al lado, existía un mirador rodeado de palmeras inmensas, desde el que se veían todas las iglesias del centro. Unos metros más allá, había una laguna que estaba habitada por peces de colores.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Recuerdo mucho la calle 24 de Mayo porque era el centro del comercio de Quito. Allí había una feria que no se acababa nunca: empezaba desde La Ronda y se extendía hasta el Penal. Los martes, viernes, sábado y domingo eran los días más concurridos por la gente, que llegaba de todos lados a comprar muebles, colchones, camas, zapatillas, de todo.

Ahora es una zona solo de borrachos.

Φ GALO ALVARADO

Antes también había borrachos, pero eso no hacía que la 24 de Mayo sea fea. Por el contrario, existían lugares que la volvían única en la ciudad: La Casa Blanca, por ejemplo, que era un local de comida y música donde se encontraban los músicos no videntes, a los que decíamos “los cieguitos”. Ellos estaban ahí para que cualquiera que deseara los contratase para dar una serenata.

Lo mismo pasaba con el Gran Casino, un salón enorme que también tenía su fama. En la noche llegaban al local carros nuevos con gente que contrataba a los músicos y se los llevaba a sus fiestas.

Esos eran salones que vendían un buen seco de chivo y cerveza. Los locales más pequeños eran las cantinas.

Φ CÉSAR ANCHALA

Los viernes de fin de mes, por ejemplo, el movimiento era abundante. La gente cobraba el sueldo y se concentraba en esos salones para comer, beber y bailar.

“Los cieguitos” que estaban afuera solo esperaban que la gente estuviera un poco mareada para que los contraten para ir a las serenatas.

Φ MANUEL CHICAIZA

Para mí es importante la Iglesia de San Roque, esa iglesia me ha vinculado a este barrio por todo el valor histórico que representa: se cuenta que un hijo de Atahualpa, personaje al

que admiro mucho, había donado ese terreno para que sobre él se haga la construcción. Atahualpa es el eslabón que me une a mis raíces, es como si mi corazón estuviera anclado a ese lugar.

Φ FABIOLA NIETO

El sector que más recuerdo de San Roque es mi barrio, ubicado en la calle Mideros. Todo está cerca de ahí: las iglesias, los mercados, se puede caminar libremente por todo el sector. Antes incluso estábamos cerca de los policías porque ahí estaba la Comandancia.

Φ DIEGO SALAZAR

En esa Comandancia de la Policía estaba la morgue, donde tenían a los cadáveres apilados como animalitos. Había una rampa por donde les hacían resbalar a los cuerpos para hacerles la autopsia. Yo entraba y salía porque trabajaba en la Farmacia Sucre y me enviaban a dejar los remedios todos los días.

Φ CÉSAR ANCHALA

En la calle 24 de Mayo y Benalcázar hay un zaguán en el que nos reuníamos los vecinos para planificar cualquier actividad. Permanecíamos hasta las diez u once de la noche, hora en que las madres salían a llamarnos con un carajazo.

En vacaciones, con todos los vecinos, organizábamos la liga de baby fútbol, escogíamos a los jugadores así como a las madrinas y auspiciantes de los equipos.

Φ GALO ALVARADO

Antes se jugaba fútbol en todas las calles, no importaba si fuesen planas o empinadas. Se ponían piedras como arcos y había que alzarlas cuando venían carros; o golpeábamos con la pelota las puertas lanford y los vecinos salían a insultarnos. Era muy lindo pues en esa época no había muchos carros y salía a jugar todo el mundo. Todos éramos amigos, compartíamos y había una amistad muy profunda entre los miembros del barrio.

Φ CÉSAR ANCHALA

Esa fraternidad se veía en todo. Cuando se hacían la fanesca o la colada morada, las mamás mandaban a repartir en ollitas a todo el barrio. Decían, por ejemplo: vecina, qué ricas humitas que está haciendo, ¿no?, porque el olor salía de las casas, y entonces tenían que compartir y no ser egoístas.

Φ GALO ALVARADO

Es que eso era particular en el barrio: parecía que había pobreza, pero al rato de cocinar sacaban las pailas llenas de humitas. Decían las mamás: llévale a la vecina Carmita, llévale a la vecina María, llévale a tal, a cual. Así se repartía.

Y nosotros como éramos niños, cogíamos la fundita con las humitas y corríamos a entregar. Sudando llegábamos.

Eso tenía sus pros y sus contras, porque los chismecitos también se compartían así. Y enseguida se enteraban de todo en media ciudad.

Aquellos personajes que pueblan el recuerdo

Φ GALO ALVARADO

Nosotros teníamos una papelería en La Cruz Verde, entre las calles Bolívar e Imbabura. Unas callecitas más al norte había una tienda en la que atendía un señor al que conocíamos con el sobrenombre de Dulce de babaco, pues vendía distintos dulces excepto el de babaco. Entonces, los jóvenes del barrio, a propósito, acostumbábamos a mandar a otros chicos que no conocían el sector a que pidan en la tienda dulce de babaco. ¿Qué pasaba? Que los chicos llegaban y le decían al señor que los atendía: señor, tenga la bondad, véndame tantos reales de dulce de babaco. Y el señor, como era un cascarrabias, les respondía con insultos: anda dile a tu mamá que te venda dulce de babaco; y, a veces, les sacaba de la tienda amenazándoles con un palo.

Φ FABIOLA NIETO

También por las calles del barrio se veía deambular a una mujer que le apodaban La Monja. Vestía hábito y las mayores decían que era una monja ranclada, es decir, una novicia que se había fugado del monasterio. Se dedicaba a vender sánduches en las calles del barrio.

Además, dentro del canasto en el que tenía los sánduches, guardaba un látigo con el que pegaba a la gente. Cuando

éramos estudiantes de colegio, por ejemplo, subíamos por la calle Mideros y encontrábamos a la Monja lista para pegar a las chicas que usaban minifalda mientras las acusaba de carishinas.

Φ CÉSAR ANCHALA

Yo recuerdo a La Torera: era menudita, flaquita, con unos zapatos casi de plataforma y cubierta por sombreros muy bonitos. Siempre anduvo muy maquillada y acompañada de un bastón, que usaba para defenderse de los niños que cuando la veíamos pasar por la calle Benalcázar le gritábamos: ¡Torera, Torera! Y enseguida corríamos, pues ella se daba la vuelta para perseguirnos y castigarnos por haberle gritado.

Recuerdo además al Taita Pendejadas, que era un bazar volante. Un hombre mayor que acostumbraba llevar un sombrerito de copa y tenía un charol colgado del cuello. De todo tenía el Taita. Aparecía en las ferias y la gente apenas lo reconocía entre tantas cosas, porque vendía desde una aguja hasta un reloj.

Φ GALO ALVARADO

También había el Payaso Monje, que era un señor que salía vestido de mono en las fiestas de diciembre, en los Carnavales, en los Corsos de Flores... Tenía una cola larga e iba llevando una polvera. Entonces pasaba entre la multitud y a las mujeres les iba manchando con el polvo mientras les decía que era un polvo de calidad.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Yo conocí al Ex-Presidente Velasco Ibarra. Él iba a mi local para que le hiciera los sombreros bombín que siempre usaba.

Lo recuerdo mucho: era muy bueno y sin pretensiones, a todos saludaba y daba la mano. A él le debo el lugar donde vivo en la actualidad pues en una de esas visitas me contó que se estaba haciendo un sistema de viviendas en este sector. Recuerdo que las escrituras nos entregaron ese año en la Presidencia de la República.

Φ FABIOLA NIETO

Recuerdo que mi mamá me dijo un día que le acompañe a la Iglesia de San Francisco porque le estaban velando a Velasco Ibarra. Ahí me acuerdo que había mucha gente, era una ceremonia desbordante. Tanto así que me daba terror.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Otro de los personajes a los que recuerdo es Ernesto Albán, más conocido por nosotros como Don Evaristo. También llegaba a mi local para medirse el sombrero que era un poco puntonsito adelante y redondo en la parte superior. Él me regalaba entradas al teatro para ir a ver, junto con mis hijos, las Estampas Quiteñas que representaba.

Φ MANUEL CHICAIZA

Recuerdo mucho al músico de la Iglesia de San Roque, era de apellido Navas. Él cantaba junto con su esposa y algunos de nosotros lo acompañábamos en las canciones. Pero el maestro Navas no pronunciaba bien algunas palabras: en la parte de las canciones en que se debía decir “Oh, San Roque bendito, líbranos de peste y males”, por ejemplo, nosotros le escuchábamos decir: “Oh, San Roque bendito, líbranos de festivales”. Y nos echábamos a reír.

Φ DIEGO SALAZAR

Recuerdo al señor de los trompos, al que todos conocemos como Macizo. Él, desde que tengo recuerdo, se dedicaba a la confección de trompos y los vendía a todos los niños del barrio.

También recuerdo a Don Luchito, que es uno de los betuneros más especiales que trabaja en la Plaza de San Francisco: tiene un carácter muy fuerte, pero cuando uno se gana su amistad descubre que es una persona muy amable.

Además está Guillo, un señor que desde hace unos años vende por las tardes un chocolate que no he probado en otro lugar.

Φ ROSARIO CHILIGUANO

También estaban los heladeros, que eran hombres y mujeres que se estacionaban con sus coches en la esquina de la calle Rocafuerte para realizar la venta de sus apetecidos helados de gunábana, bañados con jugo de mora. En cada esquina tenían su clientela.

Ellos han pasado casi toda su vida en ese trabajo y, poco a poco, han ido desapareciendo o envejeciendo. Sin embargo, hay algunos que siguen manteniendo el oficio en este sector de San Roque y siguen delitando el paladar de chicos y grandes, de propios y extraños.

De fiesta está hecho el mundo

LOS NUEVE DÍAS DE REZOS

Φ CÉSAR ANCHALA

Las fiestas de Navidad eran muy bonitas. Nosotros acudíamos siempre a las novenas, pues mis tías tenían, cada una, su Niño Dios. Así que cuando empezaban las fiestas hacíamos horario: íbamos de casa en casa, rezando. En una casa, antes de entrar, nos hacían escoger un papelito. En él decía lo que nos correspondía hacer en ese día de la novena: la exaltación al Niño, los cánticos a la Virgen o el baile. Por cumplir con el encargo siempre nos daban chocolate con pan.

También recuerdo que en San Francisco hacían la novena en la iglesia. Al final de cada día los padres nos entregaban unas notas, que eran unos papelitos marcados para controlar la asistencia. Al final, si uno tenía las notas de los nueve días, le entregaban un juguete.

Φ DIEGO SALAZAR

Otro de los eventos que sucedía por Navidad era la Misa de Gallo. Se realizaba a las doce en punto de la noche del veinticuatro de diciembre y nosotros íbamos con mi mamá a escuchar la misa, para luego retornar a la casa a abrir los regalos y comer la cena.

Φ GALO ALVARADO

En mis tiempos las tradiciones no eran así pues la economía de la gente era muy escasa. En mi casa no nos daban juguetes. Íbamos a la novena en la Iglesia de San Francisco, donde la mujer de un Doctor Araujo nos enseñaba a rezar la novena y, al final de la misma, nos regalaba una funda de caramelos y un pequeño juguetito, que para nosotros era la maravilla.

Por ese tiempo no recuerdo que se hablara de Papá Noel. Solo se mencionaba el nacimiento y los Reyes Magos, lo que está en la Biblia.

Φ JAIME JÁCOME

Para mí y para mis hermanos la Navidad no era un tiempo bonito. Teníamos una situación económica apretada: mi mamá era lavandera y mi papá zapatero, y con sus ingresos alcanzaban a mantenernos.

Recuerdo que por el sector del Hermano Miguel había un parqueadero y hasta allá nos íbamos a rezar la novena. No recuerdo que haya sido una época de alegría, por eso ahora que me acuerdo de ese tiempo me da un poco de escalofrío.

Φ FABIOLA NIETO

Mi mamá no solía festejar la Navidad porque decía que para pasar esa fiesta era necesario tener dinero, y nosotros no teníamos.

Solo cuando nos hicimos grandes, entre algunos hermanos, decidimos hacer la novena en la casa de cada uno. Esa es la forma en la que celebramos hasta ahora esa fecha.

CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS PARA NO SER INOCENTES

Φ GALO ALVARADO

La temporada iba desde el 28 de diciembre hasta el 5 de enero. Siempre se hacían inocentadas, al punto que había que estar muy atento. Cuando por esa época le invitaban a tomar un café y le servían con empanadas, por ejemplo, uno se topaba con que estaban rellenas de algodón; o si le invitaban a comer pasas con maní, las pasas tenían azul de metileno y la gente se manchaba los dientes.

Φ DIEGO SALAZAR

Otra gente brindaba chocolate con anilina, para que quien lo tomase se manchara toda la boca.

Φ CÉSAR ANCHALA

El chocolate también era purgante. Nuestros padres lo usaban para purgarnos pero nosotros, en tiempo de inocentes, lo utilizábamos para brindar a los amigos, quienes a los cinco minutos de haberlos comido se iban corriendo al baño.

Φ MANUEL CHICAIZA

Era muy común ver en los periódicos las noticias sobre las inocentadas. Recuerdo siempre un titular del Diario Últimas Noticias que decía que a la Plaza de la Independencia se la habían llevado a San Roque.

EN ESA SEMANA SOLO SE HACÍA SILENCIO

Φ GALO ALVARADO

Durante la Semana Santa sólo pasábamos sentados. Era la cosa más horrible que a los niños nos podía pasar. Empezaba el lunes de esa semana y todo el mundo tenía que hablar en voz baja. La comida era con queso y el viernes con pescado. No se podía ni escuchar música ni bailar ni jugar. Decían que si nos bañábamos nos haríamos pescados; que si escupíamos en el suelo estábamos escupiendo sobre Cristo; que si alzábamos la voz, le estábamos gritando a Cristo. Y si fallábamos en algo, enseguida los mayores nos reprendían.

Además teníamos que ir a San Francisco para rezar en cada una de las estaciones del Vía Crucis. Dentro del convento había que dar las vueltas cantando y rezando, pues ahí están representadas las estaciones.

En todas las casas hacían fanescas, pristiños y dulce de higos con queso, y se mandaban unos a otros para que prueben. Entonces empezaban los comentarios. Las mamás decían: ve esta carishina que no ha sabido hacer la fanesca, llévale la que hice yo para que pruebe.

EN LA RADIO ANUNCIABAN QUE EL AÑO SE ACABÓ

Φ CÉSAR ANCHALA

En el zaguán planificábamos con los vecinos y nos dividíamos lo que había que hacer para la fiesta del Año Viejo. Uno se apuntaba como loca viuda, otro como escritor de los carteles, otro como constructor de los años viejos, otro para ir a traer las hojas de eucalipto con las que se hacía la casucha.

Ya en la noche todo estaba listo y empezaba el baile: la gente salía a las calles, las viudas hacían su espectáculo y todos estábamos alegres, esperando que llegue el nuevo año.

Φ DIEGO SALAZAR

Siempre sintonizábamos Radio Tarqui, emisora en la que el Maestro Juanito relataba su Doble Apagón: una cuenta regresiva en la que iba recordando, con voz de llorón, todo lo que ha sucedido en el año. Nosotros escuchábamos y, a veces, hasta llorábamos por el sentimiento que transmitía.

Φ MANUEL CHICAIZA

Para mí era muy importante ir a las seis y media de la mañana del primero de enero a la misa en la Iglesia de La Concepción. Durante el camino veía las chamizas apagadas, los años viejos consumidos, como si el tiempo se hubiera ido.

Ya en la iglesia, el Padre siempre daba un sermón muy esperanzador y, al finalizar, las madres entregaban un pollito en una bandeja. Era muy rico.

También hay diferencias en la muerte

Φ GALO ALVARADO

Siempre han existido las grandes diferencias entre pobres y ricos. Los que no tenían para velar en las funerarias, lo hacían en sus casas. Cuando moría algún niño, por ejemplo, se hacía un laudate, es decir, un velorio que en realidad era una fiesta, pues se creía que la familia había perdido a un hijo tierno para ganar en el cielo a un ángel.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

También creo que festejaban porque en ese tiempo la gente tenía muchos hijos y, que se les muera uno o dos, no les afectaba mucho. Como dice el dicho: menos bulto, más claridad.

Φ CÉSAR ANCHALA

La Funeraria Quito era la más concurrida de San Roque. Y las misas a los muertitos se daban solo en la Iglesia de la Merced. Recuerdo que ahí se velaba a la gente que no tenía muchas posibilidades porque costaba unos sesenta mil sucres.

Φ GALO ALVARADO

Los más pudientes se velaban en la Iglesia de San Francisco o pagaban al cura y a los músicos para que fuesen a la

propia funeraria. Cuando salían del velorio, el ataúd era cargado en una carroza con caballo. Mientras más caballos tenía la carroza más potentada era la persona. Además los acompañaba una banda que tocaba una música divina.

Los pobres, en cambio, tenían que llevar cargando y a pie a sus muertos.

Todo empieza en mi nombre

Φ FABIOLA NIETO

Yo me llamo Fabiola Nieto.

Mi mamá se llamaba Luz María Tipán y mi papá Rafael Nieto. Ambos eran oriundos de la ciudad de Quito.

Φ MANUEL CHICAIZA

Mi nombre es Manuel Chicaiza.

Mi abuela fue sirvienta en una casa de la Loma Grande. Su patrono, presuntamente, había sido papá de mi padre. Pero a él le regalaron en la infancia a una familia que le dio su apellido. Así fue que se llamó Manuel Chicaiza, oriundo de Machachi. Mi madre es oriunda de Sangolquí, se llama Manuela Marcillo Pillajo.

Φ GALO ALVARADO

Mi nombre es Galo Alvarado.

En la familia de mi padre tienen los nombres más extraños del mundo: mi papá Clodomiro, mi tío Fulbio, otro se llamó Salustio.

Mi padre se llamó Clodomiro Alvarado y mi madre María Dolores Llerena, quien siempre tuvo la barriga llena.

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Mi nombre es Luz María Zambrano y soy oriunda de la ciudad de Riobamba.

Mi papá se llamaba Segundo Zambrano y mi mamá se llamaba Angelita Escobar.

Φ JAIME JÁCOME

Soy Jaime Jácome. Quito es mi lugar natal.

Mi papá se llamaba Antonio Jácome y mi mamá Beatriz González.

Φ DIEGO SALAZAR

Soy Diego Salazar.

Mi padre se llamó Jorge Luis Salar y mi madre Emma Lucrecia Cevallos.

Φ CÉSAR ANCHALA

Soy César Anchala.

Mi papá se llamó Antonio Anchala, oriundo del sector del Panecillo y mi mamá Olga Morales Corella, nacida en la Loma Grande.

Esta primera edición de

SAN ROQUE
Oralidad y Memoria

se puso en circulación en noviembre del 2013.

Fue construida en base al trabajo conjunto de Fabiola Nieto,
Luz María Zambrano, Rosario Chiliguano, César Anchala,
Diego Salazar, Jaime Jácome, Manuel Chicaiza y Galo
Alvarado.

Este es el ejemplar N° de un tiraje de 20, elaborados a
manera de reflexión colectiva, a propósito del aniversario
XXXV de la declaratoria de la ciudad de Quito como
Patrimonio Cultural de la Humanidad.